

JOHANNA LINDSEY

*Mi querida
tentación*



La última novela de Johanna Lindsey, la gran dama de la novela romántica.

Debido a la amenaza de enemigos muy poderosos, William Blackburn, conde de Ketterham, vive exiliado en las Highlands de Escocia junto a su hija Vanessa, aislados y felices. Pero cuando Vanessa cumple la edad de presentarse en sociedad, el conde la convence para que vuelva a Londres donde vive su madre. Vanessa sabe que no va a encajar en la sociedad londinense como una elegante señorita casadera, pero aun así, consiente para intentar acabar con el peligro que acecha a su padre.

Lord Montgomery Townsend disfruta viviendo al límite. Una noche, escondido en la mansión de la condesa de Ketterham para evitar que una de sus últimas aventuras se convierta en un escándalo, es testigo de cómo la condesa trata de preparar a su hija para encajar como candidata a desposar al heredero de una poderosa familia inglesa. Monty no entiende por qué la indómita Vanessa está tan dispuesta a aceptar convertirse en una damisela apocada, así que decide averiguarlo, aunque eso altere los planes de boda de la joven.

¿O acaso lo que desea Monty sea convertir a Vanessa en su esposa y sentar la cabeza con ella?

Prólogo

Los dos carruajes siguieron al jinete hasta las afueras de Londres, más concretamente hasta un bosquecillo apartado donde los disparos no alertarían a nadie. El recorrido era una forma de ofrecerles a los duelistas tiempo para cambiar de opinión. Aunque eso rara vez sucedía.

William Blackburn guardó silencio durante todo el viaje, aunque su amigo Peter se aprestó a enumerar todas las razones por las que el duelo era un error, mencionando en más de una ocasión que los Rathban eran demasiado poderosos para permitir cualquier desafío y que el problema no se solucionaría con un duelo.

—Aséstale un puñetazo a Henry Rathban y date por satisfecho —le aconsejó Peter—. Mientras no haya derramamiento de sangre, podéis marcharos libremente sin temor a las consecuencias.

—Tal vez deberías haberte subido al carruaje de los Rathban en vez de al mío.

—Estoy aquí para ayudarte a entrar en razón, Will.

—No, estás aquí para asegurarte de que seguimos todas las reglas —replicó el aludido—. ¿Estás listo para oír por qué he retado a duelo a Henry Rathban?

—No me lo digas. Debo ser imparcial. Si fue un insulto demasiado grande, yo mismo querré dispararle, así que es mejor que no lo sepa.

—Sin embargo, no pareces imparcial en absoluto cuando hablas como si fueras su dichoso juez.

—Es que quiero que salgamos de esta sin sufrir repercusiones.

—Las repercusiones las estoy sufriendo ya, porque no soy yo quien va a morir —dijo William—. Este duelo solo servirá para apaciguar mi rabia. Nada solucionará el motivo que lo ha provocado. Tendré que seguir viviendo con él.

—¡No quiero saber por qué! Deja de tentarme.

—En ese caso, te agradecería que guardaras silencio, porque hemos llegado.

William fue el primero en apearse del carruaje. Peter lo siguió con el estuche de madera que contenía las dos pistolas de duelo. William le ofrecería una a Henry Rathban si él no había llevado las suyas, o aceptaría una de las que este le ofreciera. La pistola que usara era lo de menos. No tenía un arma preferida, y ese no era el primer duelo en el que participaba.

Por su parte, el padrino de Henry no era imparcial. Lo acompañaban sus dos hermanos. Algo de lo más irregular, pero a William tampoco le importaba mucho. El jinete que los había guiado hasta ese lugar era, al parecer, un médico que ya conocía los alrededores.

El hermano mayor de Henry, Albert Rathban, se acercó con el fin de decirle algo, otra irregularidad, pero William le dio el gusto y se alejó para hablar con el caballero, que era mayor que él.

—Esto no debería haber llegado tan lejos. Se te pidió que te retractaras del desafío. Así que dispararás al suelo y el asunto quedará resuelto para tu total satisfacción, o te prometo que te arrepentirás. No me llesves la contraria en esto, Blackburn. No estoy dispuesto a perder a un hermano por un asunto tan sórdido como este.

—En ese caso, deberías haber atado en corto a tu hermano pequeño o, al menos, advertirle de que no debe dejar por cornudos a otros hombres —replicó William, tras lo cual se dio media vuelta y se alejó para colocarse en su lugar.

Y allí estaba otra vez la imagen de su mujer, desnuda en su cama, y de Henry Rathban, tan desnudo como ella, acostándose a su lado. Jamás habría descubierto la ilícita relación de no haber decidido darle una sorpresa presentándose en Londres sin avisar. Kathleen acostumbraba a pasar algunas temporadas en la ciudad sin él, que se quedaba en Cheshire con las niñas. A su mujer le encantaba pasar unas cuantas semanas disfrutando con sus amigas durante la temporada social. Él prefería el campo. Ni una sola vez sospechó que mantenía aventuras amorosas a sus espaldas cuando estaba en Londres.

La noche de marras reconoció a Henry de inmediato. Era uno de los pretendientes de Kathleen el año que él consiguió que le diera el sí. Sin embargo, Henry no fue el perdedor de la historia, al parecer. Había conseguido el botín aun sin haberle puesto la alianza en el dedo.

William corrió aquella noche en busca de su pistola, tan cegado por la rabia que habría matado a Henry allí mismo. Pero cuando por fin la cargó y regresó al dormitorio, Henry se había ido y Kathleen no paraba de llorar. Juraba que era inocente. Juraba que Henry la había chantajeado para salirse con la suya. Pero entonces, ¿por qué no le había pedido ayuda para solucionarlo? No se creyó nada, salvo lo que vieron sus propios ojos.

Se sintió tan traicionado, tan furioso, que fue un milagro que no le disparara a ella. En cambio, la echó de la casa a patadas mientras retaba a duelo por carta a Henry Rathban. Esa misma semana recibió dos cartas de los hermanos del susodicho exigiéndole que cesara en su persecución de un hombre inocente. Que llamaran «inocente» a ese crápula le echó leña al fuego. Respondió con una nota en la que explicaba por qué no podía retractarse y, desde entonces, no había vuelto a saber de los hermanos.

Henry parecía asustado cuando se plantaron, el uno frente al otro, en el verde claro, y se dieron media vuelta para dar los pasos de rigor, tras lo cual ambos se volvieron,

apuntaron y dispararon. William no apuntó al suelo. Henry cayó desplomado al instante. El médico corrió para examinarlo y, tras menear la cabeza, anunció que estaba muerto. William se agachó para confirmarlo y oyó al médico jadear espantado al verlo llegar a ese extremo. Henry estaba muerto, efectivamente, pero eso no alivió la rabia ni el dolor que William sentía.

Peter trató de llevarlo de vuelta al carruaje para poder marcharse lo más rápido posible, ya que los hermanos Rathban estaban alterados. De repente, Albert Rathban tiró de él para llevarlo en otra dirección. William levantó una mano para tratar de detener a Peter, que parecía dispuesto a pelear para liberarlo si era necesario. Sin embargo, Albert no lo llevaba hacia el carruaje de los Rathban, lo estaba apartando de los demás para que no oyeran lo que tenía que decirle.

El primogénito de los Rathban parecía tan furioso que William se temió que quisiera retarlo a duelo. Sin embargo, Albert bajó la voz para decirle entre dientes:

—¡Te has inventado una excusa para matar a mi hermano!

—¡Descubrí a tu hermano en la cama con mi mujer!

—En ese caso, deberías haber retado a duelo a la puta de tu mujer en vez de matar a un hombre inocente. Blackburn, no vas a irte de rositas después de esto. Abandonarás Inglaterra y no volverás jamás, o la reputación de tu familia quedará por los suelos después de este sórdido asunto.

—¿Y la tuya no va a sufrir el mismo destino en el proceso?

—Ni por asomo. Henry no ha tenido la culpa de nada, y sabías perfectamente que no era buen tirador.

—¡Yo no sabía nada...!

Albert lo interrumpió.

—Pero, de todas formas, lo obligaste a batirse en duelo, pensando que podías matarlo y salirte con la tuya, cuando lo único que hizo fue sucumbir a las artes seductoras de tu

mujer. Un delito por el que no merecía morir, y no pienso permitir que eludas las consecuencias de su muerte. Se te advirtió en varias ocasiones de que te retractaras y, sin embargo, lo has matado. Así que te exiliarás de Inglaterra o tu familia pagará el precio de lo que has hecho hoy, Blackburn.

William no necesitó pensarlo siquiera. Asintió con la cabeza. Al fin y al cabo, ¿qué más daba? Tenía el corazón destrozado y su matrimonio ya no tenía sentido, así que lo mismo daba el lugar donde se refugiara para lamerse las heridas.

Mientras se subía al carruaje, Peter le preguntó:

—¿Qué quería?

—Discutir las repercusiones que mencionaste antes, y no, ya es demasiado tarde para que me preguntes cuál ha sido el motivo del duelo. Es mejor que no lo sepas.

1

Vanessa Blackburn estaba sentada al borde del acantilado que daba al mar del Norte. Era un gélido día primaveral en las Highlands escocesas, pero estaba bien resguardada gracias a su abrigo forrado de piel, además de un grueso tartán que podía usar para cubrirse la cabeza a modo de capucha si arreciaba el viento. No era escocesa..., bueno, lo era un poquito. Su bisabuelo Angus MacCabe era escocés, pero su hija menor se casó con un conde inglés, un Blackburn. El padre de Vanessa, William, era el único hijo que había sobrevivido.

Había una antigua fogata cerca, que su padre y ella encendían las noches claras de invierno, cuando se sentaban a la intemperie para observar el extrañísimo juego de luces que iluminaba el cielo del norte. Iba a echar de menos el increíble espectáculo. También iba a echar de menos montar a caballo por las colinas y los valles, pescar, ayudar a su padre con el ganado y los caballos, todas las cosas que solo podía hacer allí. Se marcharía pronto.

No quería irse. La libertad de la que disfrutaba era adictiva. No quería renunciar a ella, pero sabía que tenía que hacerlo, al menos durante un tiempo, mientras visitaba a su madre, Kathleen. Ya se temía las discusiones y las peleas que tendrían cuando llegara a Dawton Manor, en Cheshire. No se le había olvidado ni por un instante lo decidida que estaba su madre a ofrecerle tres hijas perfectas a la alta sociedad. Su madre ya les había hecho pasar, a ella y a sus hermanas gemelas, por un estricto régimen de lo que una

auténtica dama debía o no debía hacer. Su padre decía que estaba convirtiéndolas en marionetas, y le había parecido así en muchísimas ocasiones. Él se había decantado por otro enfoque en su educación cuando llegaron a Escocia, ya que contrató a un sinfín de tutores para ella, y ni uno solo le había hablado de etiqueta.

Nunca olvidaría el traumático día en el que sus vidas cambiaron cuando ella tenía trece años. Hubo gritos. Sus padres habían salido para gritarse, de modo que nadie los oyera, pero incluso desde lejos era evidente que se estaban chillando. Ella lo había visto todo desde una ventana del piso superior con sus hermanas, mientras las gemelas lloraban. Ninguna había visto a sus padres pelearse.

Aquel mismo día, más tarde, se sorprendió al encontrar a su padre en el dormitorio, haciendo el equipaje, recogiendo todas sus pertenencias de la habitación.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

—Lejos.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Para siempre.

—¿Por qué?

—Pregúntaselo a tu madre. —Habló con voz brusca, pero la miró y, al ver las lágrimas en sus ojos, extendió los brazos. Corrió hacia él, negándose a creer que sería la última vez que la abrazara, pero su padre se lo confirmó al añadir en voz baja—: Lo siento, cariño mío, pero no podré volver jamás.

Salió corriendo del dormitorio para enfrentarse a su madre, que también lloraba, pero de rabia. De todas formas, Vanessa le preguntó:

—¿Por qué se va papá?

—Porque tiene que hacerlo. No hay alternativa, y es lo único que necesitas saber.

—¡Me ha dicho que te pregunte!

—Sí, cómo no. Y te he respondido. Ahora, vete. Estoy demasiado enfadada para lidiar con vosotras hoy.

Vanessa se pasó el resto del día llorando, hasta que decidió marcharse con su padre a hurtadillas. Incluso le dejó una nota a su madre:

Has echado a papá de nuestro lado. Te odio, ¡no volverás a verme en la vida!

Su padre se marchaba esa noche en carruaje, con el equipaje amontonado en el techo de este. Ella se marchó sin nada. Saltó a la parte trasera del vehículo y trepó con cuidado al techo, tras lo cual se llevó un dedo a los labios cuando el cochero la vio allí arriba. Se descubrió ante su padre a la noche siguiente, solo cuando le entró tanta hambre que ya no pudo seguir escondiéndose. Su padre iba a devolverla de inmediato. Ella prometió escaparse de nuevo. Le juró que no viviría en Dawton Manor sin él, que odiaba a su madre por discutir con él y por obligarlo a marcharse. Su padre intentó convencerla de que no era así, de que no era culpa de Kathleen, pero por su tono de voz y su cara ella supo que mentía. A la postre, su padre accedió a que se quedara con él hasta que se hubiera instalado, pero le dijo que después la mandaría de vuelta con alguien. Aquella misma noche le envió una carta a Kathleen en la que la informaba de que Vanessa estaba sana y salva con él. El plan de su padre no se había llevado a cabo, aunque cada seis meses le preguntaba si estaba preparada para volver a casa. Su respuesta siempre había sido un enfático no.

Él no podía volver. Durante muchísimo tiempo se negó a contarle el motivo, y ella le preguntaba a menudo, aunque la respuesta siempre era la misma: que no lo comprendería porque era demasiado joven. Lo único que le decía era que antes de que se fuera de casa, su madre y él habían acordado una explicación que justificaba su marcha de Inglaterra: se había ido a las Indias Occidentales para supervisar algunas inversiones y no tenía prisa por volver a la húmeda y triste Inglaterra.

Cuando Vanessa cumplió los diecisiete años, le dijo que ya no era demasiado joven. Su padre se sentó con ella y le contó la sórdida historia, y fue entonces cuando empezó a odiar a los Rathban, la detestable familia que había amenazado la vida de su padre y que había destrozado a su familia. Una indiscreción condujo a un duelo, que él ganó, con un aristócrata llamado Henry Rathban. La familia de su rival se enfureció por el resultado y prometió arruinarlo y sumir a su familia en el escándalo si no era castigado. Puesto que los Rathban perdieron aquel día a un miembro de su familia, exigieron que los Blackburn también sufrieran lo mismo. Y así fue como lo perdieron a él.

—El exilio de Inglaterra fue elección de los Rathban —le explicó su padre—. Era más indulgente que el «ojo por ojo». Podría haber sido mucho peor. Me acusaron de homicidio premeditado. Albert Rathban, el cabeza de familia, es un conde, pero la familia descende de duques. Tienen el poder suficiente para que me acusen del cargo de asesinato o para matarme ellos mismos sin que les pase nada. Tus hermanas y tú nunca encontraríais un buen partido si saltaba el escándalo. Y mi matrimonio ya estaba muerto de todas formas, así que no me importó marcharme para proteger nuestra reputación.

—La indiscreción no fue tuya, ¿verdad?

No parecía que su padre quisiera contestar la pregunta. Pasaron varios minutos mientras ella esperaba, hasta que él contestó:

—No.

En fin, eso lo decía todo, y se alegraba de haber decidido no volver a casa. Echaba de menos a sus hermanas, y de vez en cuando también a su madre, pero ya no. Sin embargo, su padre y ella habían acordado que una vez que cumpliera la mayoría de edad volvería a Inglaterra.

Aunque le encantaba vivir con su padre en las Highlands. Su padre criaba ganado, tanto caballos como reses de pelo rojizo, para mantenerse ocupado. También la mante-

nía ocupada a ella, ya que le permitía ayudarlo. Cruzó los dos caballos percherones que habían llevado consigo al norte con yeguas escocesas de Clydesdale. La mayoría de las crías no acabaron siendo tan altas como los percherones, pero un caballo albino sí. Vanessa se adueñó de él y lo llamó Rey de la Nieve. Al menos, Nieve la acompañaría. Pero tal vez no tendría que irse...

Se pasó los dedos por los rizos pelirrojos, que se había cortado para el viaje porque se negaba a montar a caballo con el traje de montar y no quería que la gente la mirase mal al verla ataviada con pantalones. Vio que se acercaba una sombra. Debía de ser su padre. Los dos criados que vivían con ellos, un matrimonio, nunca se acercaban a los acantilados. Se dio la vuelta y lo vio, con el pelo pelirrojo, que había dejado crecer mucho en los últimos meses, agitado por el viento. Tenía un brillo risueño en los ojos azules, unos ojos del mismo color que los suyos.

—Es jueves —dijo William—. ¿Pescamos hoy... por última vez, Nessi?

Otra cosa que iba a echar de menos: oír cómo la llamaba por ese apodo cariñoso. Se lo había puesto durante sus primeros meses en Escocia, cuando viajaban por las Highlands en busca de caballos y de ganado para la cría, así como de dos criados dispuestos a vivir tan lejos de un pueblo. Uno de los pueblos en los que se detuvieron estaba cerca del lago Ness. Allí se enteraron de la leyenda de un monstruo que vivía en ese lago, al que los lugareños le habían puesto el apodo cariñoso de Nessi. Incluso acamparon a la orilla del lago una noche por si podían atisbar al dragón acuático que tanta gente afirmaba haber visto.

Se rieron por la mañana, porque el monstruo no se les había aparecido, pero su padre empezó a llamarla Nessi desde entonces, porque decía que en ocasiones podía ser tan feroz como un dragón.

En cuanto a lo de pescar, contestó con un sonoro:

—¡Pues claro! Si la barca ha sobrevivido a la marea.

Sonrió al ponerse en pie. Todas las semanas, salvo los gélidos meses de invierno, salían al mar en una pequeña barca y volvían a casa con pescado para cenar. A menudo bromeaban con que la pequeña embarcación acabaría destrozada contra los acantilados, pero nunca sucedía porque su padre la amarraba muy bien. Aunque siempre tenían que vaciarla de agua salada antes de poder sacarla al mar.

—Vamos a pescar ahora, mientras brille el sol. —Al echar a andar hacia el sendero que conducía a la rocosa playa, miró a su padre, que caminaba a su lado—. No es necesario que me vaya este año solo porque haya cumplido los diecinueve.

Su padre suspiró.

—Te dejé que me convencieras el año pasado con ese razonamiento porque las gemelas van a hacer su presentación en sociedad esta primavera, y si es algo que te apetece hacer, seguramente te sentirás mejor haciéndolo con ellas. ¿De verdad quieres seguir escondiéndote aquí cuando te esperan tantas aventuras en el sur? Estabas ansiosa por alzar el vuelo hasta la primavera pasada, cuando llegó el momento de que te fueras. Si no supiera que es imposible, creería que tienes miedo.

Se detuvo para abrazarlo.

—Lo único que me da miedo es que se me rompa el corazón cuando tenga que dejarte aquí solo. Han pasado seis años, papá. A lo mejor los Rathban se han olvidado de ti y por fin puedes volver a Inglaterra.

—Perdieron a un hermano. Eso no se olvida nunca. Incluso después de que estéis todas bien casadas, un escándalo de esa magnitud podría dañaros a vosotras y también a vuestras familias. No estoy dispuesto a correr el riesgo.

—¡Pero fue un duelo legítimo!

—Los Rathban pueden hacer que parezca otra cosa. Además, accedí a marcharme.

Vanessa odiaba a esa familia, sobre todo al conde, Albert, el que había dictado las condiciones de su venganza

contra su padre. Seguro que podía hacer algo para conseguir que reconocieran que su padre había sufrido bastante después de seis años de exilio. Por supuesto, no podría hacerlo hasta que estuviera en Inglaterra.

—Además —añadió su padre con una sonrisa—, si al final decides que quieres un esposo e hijos, no te interesa que te tachen de vieja solterona y que los mejores partidos no se fijen en ti.

Se echó a reír al oírlo.

—Sabes que eso no va a pasar. ¿Cuántas veces me has dicho que soy guapa? ¿O lo decías en broma? A lo mejor soy fea y por eso no hay espejos en la casa.

Su padre resopló.

—¿Crees que no vi cómo te mirabas en el espejo de la tienda aquella de Fraserburgh el mes pasado? Sabes muy bien lo guapa que eres.

—Estaba admirando los pantalones que acababa de comprar.

—¡Ja!

Vanessa chasqueó la lengua.

—La belleza está en el ojo de quien mira, así que tu opinión está tergiversada por el amor. —Levantó un dedo para silenciarlo cuando su padre hizo ademán de protestar—. No importa y, además, ahora mismo no me interesa el matrimonio, como tampoco me interesa que me vaya a convertir en una vieja solterona.

—Seguramente no pase nunca. Eres demasiado independiente.

Sabía que su padre estaba bromeando, pero ella habló en serio cuando replicó:

—Solo me casaría con un hombre si se firmara un contrato en el que quedase claro que mi prometido no puede decirme qué hacer, ni tampoco tocar mi dinero. Sería muy raro encontrar a un hombre dispuesto a acceder a algo así.

—Cierto, cariño mío, pero te sorprendería saber lo que un hombre es capaz de hacer por amor.

Su padre esbozó una sonrisa triste, lo que llevó a Vanesa a preguntarse si estaba pensando en su madre. Cuando se casó, estaba lo bastante enamorado de Kathleen, condesa de Dawton, como para acceder a sus deseos de vivir en su casa en vez de trasladarse a la de él. No había hecho semejante concesión porque el título de su suegro, el marqués de Dawton, tuviera más abolengo que el suyo. Al fin y al cabo, era el conde de Ketterham y también era más rico que su esposa.

—Y eres una muchacha excepcional, bien educada y que, además, posee una destreza innata para manejar caballos y pistolas —añadió con un deje de orgullo—. También sabes que solo bromeaba con ese «seguramente no pase nunca». Cuando te enamores, y no querría que te casaras sin estarlo, no me cabe la menor duda de que el elegido accederá a cualquier cosa con tal de tenerte a su lado. Pero te he preparado para mucho más que para la limitada vida de una dama. Ojalá hubiera podido hacer lo mismo con tus hermanas, pero tu madre se negó a ceder en cuanto a las normas sociales con las que la educaron. Ahora que ya eres mayor de edad, tienes unos ingresos importantes, dinero suficiente para crear la yeguada con la que siempre has soñado, aunque será mucho más fácil después de que te cases. Así que reúnete con tu madre y tus hermanas, y acompáñalas a Londres para romper unos cuantos corazones antes.

Se echó a reír al oírlo. Su padre hablaba como si todos sus sueños se fueran a hacer realidad. Si bien ella seguía teniendo dudas, no podía negar que sería divertido dar unas cuantas vueltas por un salón de baile en brazos de unos cuantos apuestos caballeros. Y una vez que entrara en la alta sociedad, sin duda alguna se cruzaría con los Rathban. Tenía que averiguar la forma de convencerlos de que acabaran con la venganza contra su padre, para que él también pudiera volver a casa.